

## Primera parte: Elige una vida

*"Elige la vida. Elige un empleo. Elige una carrera. Elige una familia. Elige un televisor grande que te cagas. Elige lavadoras, coches, equipos de compact disc y abrelatas eléctricos. Elige buena salud, colesterol bajo y seguro dental. Elige hipoteca a interés fijo. Elige un piso piloto. Elige a tus amigos. Elige ropa deportiva y maletas a juego. Elige pagar a plazos un traje de marca en una amplia gama de putos tejidos. Elige bricolaje y preguntarte quién coño eres los domingos por la mañana. Elige sentarte en el sofá a ver teleconcursos que embotan la mente y aplastan el espíritu mientras llenas tu boca de puta comida basura. Elige pudrirte de viejo cagándote y meándote encima en un asilo miserable, siendo una carga para los niñatos egoístas y hechos polvo que has engendrado para reemplazarte. Elige tu futuro. Elige la vida... ¿pero por qué iba yo a querer hacer algo así? Yo elegí no elegir la vida: elegí otra cosa. ¿Y las razones? No hay razones. ¿Quién necesita razones cuando tienes heroína?"*

- Comienzo narrado de la película *Trainspotting*, película escocesa de 1996 dirigida por Danny Boyle y basada en la novela homónima escrita por Irvine Welsh.

El viento del norte ha hecho que se cuele por mi ventana un suave olor a sal, a mar y a primavera. Siento en el aire el cambio de estación, el paso del frío húmedo de Galicia a la suavidad templada previa al verano, que llenará mi playa de desconocidos, de gritos infantiles felices y despreocupados, y del alboroto temporal en las casas y pisos de alquiler.

Me pregunto si, después de la agotadora batalla que acabo de librar, sin aún terminar la guerra, el próximo verano podré contar una victoria o si tendré que masticar en silencio la humillación y la derrota de quienes han apuntado demasiado alto.

Sin darme apenas cuenta, he terminado mi café humeante con la mirada fija en la ría de Vigo, pensando en mis siguientes pasos, en sus consecuencias, analizando todas las posibilidades y los previsibles vientos en contra; asumiendo que, si mi lucha prospera, seré una valiente amazona urbana, y que si pierdo este juego, volaré tan bajo que los cazadores tirarán a matar. Me habré quedado a un paso de toda posibilidad. Game over.

El plan se fué fraguando sin querer, de forma inevitable, acción y consecuencia, rabia acumulada, sentimiento de lucha imparable que salió de mis entrañas, sensación firme de que ya no había más camino para poder seguir en pie y no volverme un ser mezquino, gris y quemado, desesperanzado, con la mirada cansada de quienes ya han sentido que la vida les pasó por dentro y les consumió todas las ilusiones que podrían esperar.

De forma súbita, aquel día de octubre, lo vi todo claro y definido, la furia disipó la niebla en mi mente y supe qué es lo que tenía que hacer, marcándome metas tan definidas y tan altas que muchos las cuestionarían, pero nada se puede hacer contra los impulsos que salen de las tripas y la raza.

Ayer subí al ático para archivar todos los documentos que ya no necesito y que no quiero volver a releer, ni a analizar, ni a empuñar como una espada en esta guerra, y, de camino, mi mirada tropezó sin querer con la caja azul, de aspecto inofensivo y casero, arrinconada entre otras, con imagen casi casual de desorden controlado y alegre; y no me atreví a abrirla, porque sé que su contenido desvela mi lado sórdido y oscuro. Una cara de la luna que siempre debería estar en la penumbra, desconectada, relegada a la pasividad y al olvido.

Con el tiempo, que mi plan se fuese cumpliendo de forma tan rigurosa incluso me dio vértigo, pero ya no podía, no quería y no debía parar, y me volví un ser frío e implacable.